

Programas sindicales, intereses obreros y reivindicaciones ecologistas en la lucha por un mundo habitable()*

Francisco FERNÁNDEZ BUEY (**)

1. VIEJAS, PERO SIEMPRE RENOVADAS, INCONVENIENCIAS DEL INDUSTRIALISMO PARA LOS DE ABAJO

Cuando desde el punto de vista sindical o político se habla de la problemática ecológica o medioambientalista el objeto de referencia suele ser, por lo general, un buen montón de cosas distintas cuyo único nexo de unión habría que buscarlo en la denuncia del progresivo deterioro de la base natural de mantenimiento de nuestra civilización. Así es que seguramente conviene empezar distinguiendo, para su análisis, cada una de las cosas que entran en ese montón.

Están, en primer lugar, los ya viejos pero siempre renovados problemas relacionados con la salud laboral y el medio ambiente de trabajo, problemas que dan título a estas Jornadas: insalubridad, deterioro de las condiciones higiénicas elementales, excesos de distintos tipos en la explotación de la mano de obra, persistencia de la miseria ambiental que genera enfermedades laborales, etc. Es éste un conjunto de inconveniencias que ha caracterizado a la civilización capitalista desde los inicios de la revolución industrial. Los hechos son conocidos. La tecnología aplicada a la industria ha ahorrado muchos esfuerzos

(*) El presente texto funde dos intervenciones del autor: en las Jornadas sobre «Salud laboral y medio ambiente de trabajo» organizadas por CC.OO. en Madrid durante la primavera de 1989 y en un ciclo desarrollado en la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad Complutense.

(**) Profesor de la Universidad de Barcelona.

a la humanidad. Hoy, *en esta parte del planeta*, sólo se requiere una décima parte del tiempo de trabajo que hace un siglo era necesario para adquirir un quilo de pan. Los ejemplos relacionados con las condiciones de vida de hace cincuenta años podrían multiplicarse. Pero, como suele decirse, los ejemplos se vengán: el ahorro de tiempo y de energía debido a la tecnología del industrialismo se ha hecho unilateralmente, de manera desigual.

Efectivamente: al aumentar la productividad y la riqueza una parte minoritaria de la sociedad industrial podía juntar la sana alimentación con las buenas costumbres en la mesa, la higiene con la cortesía, mientras que la mayoría de los ciudadanos, a pesar de ser ya formalmente iguales ante la ley, seguían trabajando en ambientes enrarecidos, sometida a ritmos de producción inhumanos, hacinada en barrios malolientes sin la más mínima infraestructura, encogida materia y espiritualmente en habitáculos en los que lo único por garantizar parece haber sido la existencia de un camastro en el que reproducirse y reproducir la fuerza perdida durante la jornada de trabajo. Aquel incansable viajero que fue don Ramón de La Sagra captó muy bien en su época uno de los aspectos de esta ambivalencia de la tecnología aplicada a la industria manufacturera y lo dejó escrito en sus *Lecciones de economía* (1839):

«Una nueva invención, la simple aplicación de un agente inanimado más poderoso, reduce a la miseria a miles de familias. Y no se diga que después los brazos encuentran ocupación en las necesidades industriales que la nueva manufactura crea y fomenta, pues ni eso es constante ni ocurre tan deprisa como para evitar la ruina de los infelices obreros».

Humos desagradables, gases tóxicos, aguas contaminadas, ausencia de higiene fueron males que acompañaron casi siempre al nacimiento de los núcleos industriales. En tales condiciones han tenido que vivir y producir durante muchas décadas las clases trabajadoras. Los informes de párrocos compadecidos, de los médicos humanistas y de las personas dedicadas a la asistencia social en el primer tercio del siglo XIX en Inglaterra y hasta mediado el siglo en Centroeuropa —algunas de cuyas célebres patéticas descripciones suelen ser recogidas por los historiadores del movimiento obrero— bastan para hacerse una idea cabal de lo que fue el medio ambiente de trabajo y las condiciones de vida de los proletarios de entonces. Ahora se lleva, incluso entre marxistas, el pasar por alto aquellas apasionadas descripciones del humanitarismo sensible y compadecido que en el siglo pasado protestaba por la miserable suerte ajena, sobre todo por la de los explotados y oprimidos. Esta forma de ver las cosas tiende a considerar que aquella denuncia de las condiciones de vida de los trabajadores de entonces es sólo un resto del sentimentalismo y del moralismo de un movimiento obrero que aún se hallaba en sus orígenes. Con fre-

cuencia se olvida, incluso entre marxistas, cuánto influyó en Marx el trabajo de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra. En su vejez todavía recordaba Marx el efecto que hizo la documentada observación y el sencillo describir de aquella obra: al pasar revista a la miseria de los suburbios de Londres, relatar las consecuencias de las inundaciones en Leeds o llamar la atención sobre el hacinamiento, los malos olores y la insalubridad de los barrios obreros de Manchester contribuyó a abrir los ojos de no pocos europeos amantes del progreso pero desconocedores de su lado oscuro. ¿Cómo entender, por ejemplo, la protesta antiindustrialista del Tchernichenski, en el otro extremo de Europa, sin la impresión que causaron en Rusia obras como la de Engels?

Ahora que ya casi nadie se llama marxista —y aún menos engelsiano— se puede decir ya sin temor a las «malas compañías»: aquel recuerdo de Marx era tan razonado como razonable. Pues todavía hoy releer la encuesta de Engels acerca de la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra —o sus escritos sobre la vivienda— sigue siendo un interesante ejercicio de introducción a la hora de analizar los problemas medioambientales que afectan a los trabajadores; un ejercicio tal vez comparable, por sus efectos, al de reflexión que a veces realizamos a partir de las imágenes que cotidianamente nos sirve la televisión en estos tiempos sobre la forma de vida de los desheredados del «tercer mundo», pongamos por caso en Brasil. Sí: también las descripciones de Engels, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, le ponen a uno la carne de gallina. El ecologista sensible tiene que saberlo. Y aunque la carne de gallina no es la ciencia de la revolución ni la razón suficiente de la reforma social, suele ser —cuando alguien tiene aún la sensibilidad para que eso le ocurra— la precondition, el punto de partida o tal vez el primer paso para arrimar el hombro al de aquella parte de los afectados que se ha puesto en movimiento.

Encontramos allí, en el texto de Engels, la descripción de los barrios bajos donde la ciudad cambia de nombre, el suburbio con sus calles sin pavimentar, accidentadas, sucias, sin alcantarillado, invadidas por desperdicios de todo tipo, vegetales y animales, con permanentes charcos malolientes y casas de construcción defectuosa, sin ventilación, habitáculos en los que el hacinamiento impide casi hasta la misma respiración. No siempre es Engels el que habla allí. A veces recoge o reelabora testimonios de otros que sufrieron el repugnante olor que entonces invadía los barrios malos londinenses, St. Giles, por ejemplo, en cuyas casas reinaba la mugre y la ruina. En el medio ambiente del cobijo-dormitorio del obrero de entonces se vertían a la calzada restos y desperdicios que se iban amontonando ante las puertas de las casas mientras el agua de las lluvias formaba y formaba charcos hendiondos. Tal era el medio —dice Engels— de «los más pobres de entre los pobres, de los obreros peor

remunerados»; un medio, en suma, en el que había que vencer diariamente el vértigo que lleva a la pendiente de la «descomposición moral», de manera que aquellos que todavía no se habían hundido en ella —sigue diciendo el viejo comunista— «pierden día a día la fuerza para resistir las influencias desmoralizadoras de la miseria, de la suciedad y del mal ambiente».

Ya entonces, hace de eso ciento cincuenta años, el ojo atento del hombre sensible que se deja caer en la ciudad industrial capta los inicios de la contaminación del aire y de las aguas que hoy son tan habituales. Siempre que —añadirá Engels— se pase por Bradford, a siete millas de Leeds, por ejemplo, «no en un domingo de buen tiempo», en cuyo caso la ciudad ofrecería un espléndido panorama desde las colinas circundantes, sino «cualquier día laborable» cuando «una nube gris del humo del carbón» lo invade todo. La mirada humanitaria y al mismo tiempo amante de la naturaleza podía entristecerse ya entonces por la contaminación de las aguas que un día fueron cristalinas. Pero siempre, o mayormente, en las proximidades de las zonas obreras. Los informes de 1830 ya hablaban así del río que cruza Leeds: «A semejanza de todos los ríos utilizados por la industria» también éste «entra claro y transparente» a la ciudad por un extremo y sale «denso, negro y hendiendo de toda clase de basuras».

Pero la contaminación de los ríos en la cercanía de las moradas de quienes vivían de sus manos no era tampoco la única contaminación conocida. En el libro de Engels encontramos también aquella combinación de las catástrofes naturales con la catástrofe social de la miseria que se ha ido haciendo persistente bajo el capitalismo y que hoy día es espectáculo cotidiano en tiempos de inundaciones. También en Leeds —apunta Engels— se juntan el hambre con las ganas de comer, como se dice popularmente de esa combinación de azares socialmente condicionados: los sótanos de las viviendas de los trabajadores, y hasta las viviendas mismas, se llenan de agua hay inundaciones, las cloacas se obturan y sus aguas malolientes penetran en las casas dando origen a «emanaciones miasmáticas fuertemente mezcladas con gases de ácido sulfhídrico que dejan como resto un sedimento nauseabundo sumamente nocivo para la salud...». Cosa no muy distinta de lo que ocurría en Manchester, la ciudad inglesa que mejor conoció Engels, con el río Irk, «negro como la pez y maloliente, lleno de basuras y desperdicios, de repugnantes charcos pantanosos de un verde negruzco». Sólo que en Manchester algunos de los barrios habitados por el proletario, como Long Millgate, unían a la contaminación de las aguas un aire viciado encima por el constante desfilar de las pjaras de cerdos que al salir de las porquerizas instaladas en los patios de las casas husmeaban las basuras arrojadas a las calles.

Esa es la cara en sombra del «hogar clásico» del capitalismo. Por lo demás,

como se fue reconociendo generalmente con el tiempo, no era la de Engels la más sombría de las representaciones de la época sobre el medio ambiente en el que se desenvolvía entonces la vida del obrero. Los informes históricos acerca del medio ambiente en que hubo que trabajar y sobrevivir en aquellas sociedades que iniciaban la industrialización coinciden todos en esto: larguísimas y penosísimas jornadas de trabajo en naves industriales dispuestas con tal precariedad que seguir con vida se convertía cotidianamente en mero objeto de la suerte (sesenta y hasta sesenta horas de trabajo semanal constituyeron jornadas «normales» durante mucho tiempo, y en una época en la que la expectativa de vida no pasaba de los cuarenta años en Europa); unas deplorables condiciones ambientales que en muchos casos daban lugar a enfermedades incurables, con frecuencia ocultadas por evitar la sustitución o el despido (sobre todo entre las mujeres); viviendas concebidas como mero dormitorio en las proximidades de la fábrica, y otras veces muy lejos de ella, situaciones que obligaban a los largos desplazamientos en condiciones lamentables.

Lo que generaciones y generaciones de trabajadores han tenido que soportar durante siglo y medio en la mayoría de las ciudades industriales europeas, lo mismo en Manchester que en Barcelona, en Bilbao, Turín o la cuenca del Ruhr, ha sido el desolado paisaje de las acerías, de las fábricas del textil o de los altos hornos proyectado sobre el bloque-dormitorio, mientras lejos, cada vez más lejos, se adivinaba *la otra naturaleza*, la naturaleza todavía intocada por la industria, o la naturaleza exquisitamente cultivada por los jardineros privados.

El cántico romántico, melancólico y elegíaco, de la naturaleza intacta, el himno a la naturaleza inmaculada y todavía salvaje no es, desde luego, cosa de nuestros días; es también cosa ya muy vieja, aunque acentuada, eso sí, a medida que la industrialización iba agudizando los contrastes entre la ciudad y el campo, entre la naturaleza sometida y la naturaleza todavía dominante. Sin caer en ninguna forma de romanticismo elegíaco también Engels pone su nota de nostalgia al recordar años después de haber escrito *La situación de la clase obrera en Inglaterra* lo que era el Támesis en 1845. «No conozco nada más impresionante» —había escrito en aquella fecha— «que el panorama que ofrece el Támesis cuando se asciende desde el mar hacia London Bridge». Peor aquel espectáculo impresionante, «tan grandioso», «tan enorme», que lo hizo escribir en 1845 —tal vez bajo la impresión de la imagen del primer viaje a las islas— que «uno se asombra por la magnificencia de Inglaterra ya antes de haber pisado suelo inglés», no le parece lo mismo con el paso de los años. En 1892, al revisar la vieja edición de 1845 corrige: «Eso era hace casi cincuenta años, en la época de los pintorescos veleros. Ahora si alguno de éstos llega todavía a Londres suele encontrarse generalmente en los *docks*, y el Támesis, en cambio, se halla cubierto por feos y sucios vapores de hollín».

¿Quién no ha añorado la época de los «pintorescos veleros»- ¿Quién no tiene aún *su* época de los ríos cristalinos y los bosques vírgenes? Pues bien: de ese sentimiento nació uno de los antecedentes de lo que hoy llamamos ecologismo, el agrarismo, el ruralismo, la nostalgia —inicialmente aristocrática— por una naturaleza de la cual se recordaban, por lo general, los llamativos y bellos colores de las estaciones pero no los rigores del trabajo agrícola, el cristalino río truchero pero no el esfuerzo de los hombres dominado por la repetición de los ciclos, por el destino —tantas veces catastrófico— que traían las aguas y los soles a destiempo, las heladas y las avalanchas no esperadas.

Este cántico romántico y elegíaco, aristocrático por antiburgués, conservacionista y no sólo conservador de las relaciones de producción, tiene tal vez justificación última en la visión de aquella polarización tremenda que han conocido los habitantes de los viejos emporios industriales como Manchester, o Barcelona, o sobre todo —en nuestro país— Bilbao: a un lado la ciudad urbanizada, residencial, la ciudad de los chalets y las quintas, de los jardines, de los amplios espacios, del oxígeno; al otro lado, separada a veces por un río o por una gran vía, la ciudad de las fábricas, del hormigueo, de la lucha por la respiración, de los humos permanentes, de la miseria; y en medio, el centro comercial y de negocios, donde se le permite al trabajador aproximarse a la forma de consumir de los otros, de los ricos, de los burgueses, pero ya lejos tanto del suburbio como del recuerdo nostálgico del pueblo de procedencia. Engels no conocía nuestro Bilbao, pero nos legó esta notable descripción de Manchester inspirada en impresiones parecidas:

«La ciudad propiamente dicha es de curioso trazado, de modo que se puede vivir en ella durante años entrando y saliendo a diario sin pasar nunca por un barrio obrero o rozarse siquiera con los obreros, siempre y cuando vaya uno a las propias ocupaciones o de paseo. Pero esto se debe principalmente al hecho de que, por un acuerdo tácito o inconsciente, o tal vez en virtud de una intención consciente y manifiesta, los distritos obreros se hallan estrictísimamente separados de los barrios que se han dejado a la clase media (...) En ninguna parte como en Manchester he encontrado una exclusión tan sistemática de la clase obrera con respecto a las calles principales, en un encubrimiento tan delicado de todo cuanto pudiese ofender a los ojos y a los nervios de la burguesía.»

Si la visión repetida de la separación y de la polarización en la ciudad no era tal vez motivo suficiente para adoptar el ruralismo o el agrarismo (y no faltaron obreros desesperados que ante la crisis y el desempleo se unieron también a este movimiento romántico), sí que tenía peso de sobra para que, en todo caso, los trabajadores industriales añadieran —como lo hicieron tantas veces— a la reivindicación de un salario más justo, o de una jornada laboral más breve, la exigencia de un ambiente laboral más sano y de una organización

del descanso acorde con las necesidades básicas de los miembros de una especie que por entonces consideraba como características fundamentales suyas (diferenciadoras respecto de otras especies) la autoconsciencia y la habilidad para el trabajo productivo, no sólo la predisposición al ocio.

Es ahí, en la insatisfacción del obrero ante el medio y las condiciones de trabajo y vivienda, donde encontramos históricamente las primeras protestas y las primeras luchas que merecen el nombre de ecologistas.

2. PRIMERAS, AUNQUE INSUFICIENTES, PROTESTAS DE LOS TRABAJADORES PARA DIGNIFICAR EL MEDIO AMBIENTE LABORAL

Este primer bloque de problemas medioambientales relacionados con las condiciones de salud e higiene laboral, con la vivienda del trabajador y su entorno, con la dignificación, en suma, de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, fue casi desde los orígenes del movimiento obrero organizado uno de los ejes a través del cual el proletario industrial *acaba descubriéndose como ciudadano*. La consciencia de que éste es un asunto vital para la clase permitiría, con el tiempo, pasar de las reivindicaciones meramente económicas o corporativas a exigencias que tienen como horizonte la superación de la alienación, la capacidad de emanciparse como conjunto social. Es más: la interrelación entre las reivindicaciones relativas al salario o la jornada de trabajo y las exigencias o las protestas que podríamos llamar medioambientalistas ha sido una constante en la historia del movimiento obrero.

Se ha recordado muchas veces la iniciativa de los trabajadores de las fábricas en las primeras concentraciones ecosociales que tuvieron lugar durante la dictadura de Franco en varias ciudades industriales del País Vasco y Asturias, particularmente en Erandio y Avilés. Poco importa que entonces no fueran llamadas así. Pero sí que importa subrayar que aquí —tal vez más que en otros países europeos— iniciativas de ese tipo han formado parte de las tradiciones reivindicativas obreras. Pues, debido a los riesgos que en muchas ocasiones representaba el trabajar en condiciones de salubridad deplorable, estando expuestos a la inhalación de gases tóxicos o a respirar con dificultad humos que acabarían afectando negativamente a los pulmones, fue cosa corriente el que, nada más organizarse, asociaciones sindicales y grupos de trabajadores trataran de eliminar las causas de la contaminación medioambiental que amenazaba su salud e incluso su vida.

En lo que hace a la lucha por mejorar el ambiente de trabajo en la fábrica, en la mina, en el tajo o en el taller, la experiencia reivindicativa del movi-

miento obrero y sindical es, por consiguiente, muy amplia ya, puesto que viene de lejos. Algo parecido puede decirse respecto del problema de la vivienda, y más concretamente en lo que se refiere a las dotaciones para cubrir las necesidades elementales de residencia en un medio habitable: han sido las asociaciones de trabajadores y asalariados principalmente la punta de la lanza de las protestas ciudadanas contra la degradación de los barrios-dormitorio, así como las acciones en favor de dotaciones en infraestructura que permitirán luego una urbanización más racional de terrenos sometidos a la especulación y el fraude.

Tanto es así que en algunas ciudades españolas, en los años de paso de la década de los sesenta a la de los setenta, hubo incluso un célebre debate acerca de si las comisiones obreras debían poner el acento de su actividad en la fábrica o en el barrio, en el complejo reivindicativo constituido por el salario, el ritmo de trabajo, la organización técnica del mismo y la reducción de la jornada laboral, o bien en aquellos otros problemas que afectan al trabajador como ciudadano en su lugar de residencia, en particular como habitante de un barrio en el que entonces todavía la conducción de aguas solía ser deplorable, no había locales para el esparcimiento, faltaban escuelas y zonas verdes y se estaba siempre rozando el umbral que conduce a las enfermedades infecciosas.

Por suerte, aquel debate —que tal vez reflejaba la existencia por primera vez en España de condiciones económicas favorables para pasar a un nivel más alto que el de la reivindicación basada en el salario— terminó en un compromiso, en el reconocimiento del carácter complementario de la estrategia obrera en la fábrica y de la presión ciudadana para mejorar el medio ambiente urbano. Y digo por suerte porque en aquellos países en los que ha acabado imponiéndose la separación de planos (dando lugar, por ejemplo, a la extensión de mafias sindicales, por un lado, y a movimientos de un sólo barrio, por otro) resultó imposible volver a soldar lo que se rompió en lo setenta.

Atendiendo, pues, a este único bloque de problemas hay que reconocer que los sindicalistas y algunos políticos obreros tienen razón cuando se lamentan amargamente de la incompreensión de ciertos grupos ecologistas de la última década cuya existencia data de una fecha relativamente reciente, no anterior, en cualquier caso, al momento en que la contaminación, en forma de humos molestos y tóxicos, llegó al centro comercial y de negocios de las grandes ciudades, al momento en que ya los ríos empezaron a verse negros y pestilentes no sólo en las proximidades de las fábricas sino también en las antiguas zonas de pesca y veraneo para ricos. Tienen razón, o razones al menos, porque es verdad que antes de que esto último llegara a ocurrir en la mayoría de los países europeos industrializados, antes de que la lucha por la respiración en las ciudades y por la transparencia de las aguas en el campo llega a preocupar

a los hijos de la burguesía pequeña y grande, eran ya muchos los obreros que habían muerto, o quedado inválidos para siempre, a consecuencia de distintos tipos de envenenamientos y contaminaciones, por entornos insalubres, debido al ahorro de medios y técnicas anticontaminantes que siempre supone el dominio absoluto de la lógica del beneficio inmediato, o por los fraudes y engaños con los materiales y materias primas que han sido práctica común de empresarios poco escrupulosos con anterioridad a que empezara a hablarse de leyes medioambientalistas.

Tienen razón —insisto en ello— sindicalistas y políticos obreros cuando se quejan de que muchas veces el ecologismo apolítico y meramente conservacionista ignora a la precariedad en que se ha vivido en los barrios obreros desde hace décadas, no da apenas importancia a la crítica de las condiciones de salud y medioambientales en las fábricas o pasa por alto los problemas más generales relacionados con la salud laboral, mientras que acentúa, en cambio, en sus campañas, la defensa en exclusiva de determinadas especies animales en peligro de extinción. Pues es verdad que en ocasiones el discurso conservacionista que se fija sólo en la salvación de una especie en extinción sin dedicar ni una mirada conmiserativa a los sufrimientos de una parte de la especie humana, recuerda la pedantería atormentada con que, en *México insurgente*, el intelectual yankee explica, en plena revolución, al viejo minero mexicano lo que es la conciencia desgraciada del laico que duda, del laico «vivir sin vivir en mí»: en tal circunstancia sólo se le ocurre acudir a la metáfora del túnel de la mina para expresar el agobio de sus sentimientos, mientras la repite al viejo minero —con más autogratificación que búsqueda de verdades comprensión, por cierto—: «¿me entiendes, viejo camarada?»

3. DE LA LUCHA POR MEJORAR EL MEDIO AMBIENTE LABORAL A LA COMPRESION DE LA IMPORTANCIA DE LA CRISIS ECOLOGICA COMO PROBLEMA NUEVO, GENERAL

Y, sin embargo, también sería unilateral terminar la película con la sonrisa irónica del viejo camarada que ha comprendido muy bien hasta qué punto los tormentos psicológicos de la duda moral se parecen al irrespirable ambiente de la mina. Esa misma razón que hace argüible la desconfianza obrera frente a algunas actuaciones de grupos ecologistas limitados a un sólo asunto —al asunto, por ejemplo, de salvar tal o cual especie en peligro— no es razón suficiente para fundamentar la crítica del ecologismo político que por lo general se adueñó de los sindicatos europeos en la última década.

Es cierto que, a veces los jóvenes recién llegados a la protección de la na-

turalaleza parecen instintivamente más dispuestos a conmovirse por los daños que produce la caza de ciertas aves que por los riesgos que corren en el trabajo muchos miembros proletarizados de la propia especie, de esta subespecie que, como escribía Giovanni Berlinguer hace años, continúa reproduciéndose para garantizar que el *trabajo vivo* alimente al *trabajo muerto*. Y también lo es —para seguir con el mismo discurso introductorio de Berlinguer a un simposio romano sobre «sociedad, ecología y relaciones sociales»— que hay ocasiones en las cuales quienes nos invitan a no cambiar la homeostasis o equilibrio de la naturaleza están implicando en ello, implícita o explícitamente, un llamamiento a no modificar tampoco la homeostasis de la sociedad, o sea, a no turbar la paz social, el pacto social o el consenso, con la lucha de clases.

Tales argumentos, no obstante, siendo, como son, muy razonables desde el punto de vista de una política sindical de clase y en la perspectiva de una política revolucionaria, pierden gran parte de su peso cuando quienes los emplean se pasan, por otras razones, a la defensa de un reformismo (más o menos débil, más o menos fuerte) cuyo perno es precisamente admitir el equilibrio o la homeostasis social global aduciendo para ello motivos culturales; de estrategia internacional o relacionados con la inevitable participación en la competición mercantil. (Dicho sea de paso: seguramente en la percepción inteligente de que tal conducta era contradictoria hay que buscar el motivo principal del giro ecologista del programa del partido comunista italiano en su último congreso. Pues un reformismo, por mucho que se autodenomine «fuerte», que da por establecido el *status quo* internacional —incluyendo la pertenencia a la OTAN— y la compatibilidad nacional con el capitalismo existente —aunque disienta sobre su forma— deja de tener argumentos *de fondo* para seguir criticando la defensa de la homeostasis por los grupos ecologistas).

Antes de precisar un poco más acerca de la polémica que durante años ha enfrentado a la mayor parte de los grupos ecologistas europeos con los sindicatos mayoritarios de trabajadores en torno a las prioridades político-culturales y a las formas o métodos de actuación frente a la civilización expansiva del capitalismo industrial (y de los regímenes postcapitalistas), conviene añadir que el bloque problemático del que se ha tratado en los primeros puntos de este material *no cubre* todo el aspecto de las cuestiones discutidas cuando se habla de crisis ecológica, de reivindicaciones ecologistas o de políticas ecológicamente fundadas. En efecto, el comienzo de la publicación, desde mediada la década de los sesenta, de numerosos informes analíticos y prospectivos sobre el estado del planeta Tierra en lo que hace a los distintos tipos de contaminación de los ecosistemas, a los recursos no renovables y a los factores generales que más están influyendo en el deterioro de la atmósfera, de las principales zonas de bosque, de los océanos, de los lagos, ríos, etc., añadía a la pro-

blemática tradicional, que hemos incluido bajo el rótulo de «salud y medioambiente de trabajo», la preocupación típica del generalista por *los problemas globales*. Las primeras obras de Barry Commoner acerca del *círculo que se cierra*, los informes al Club de Roma, las denuncias de Gondon Rattray Taylor, el manifiesto de *The Ecologist* sobre la supervivencia y los ensayos de Schumacher criticando el gigantismo tecnológico, entre otras aportaciones, contribuyeron a un desplazamiento de las preocupaciones medioambientalistas y naturalistas, creando por primera vez *una consciencia ecologista autónoma*, y sobre todo desplazando el punto de vista desde el cual solía verse hasta entonces la relación entre el hombre y la naturaleza.

Por encima de las diferencias de orientación que hay en esos informes, y por debajo del debate al que algunas de sus conclusiones particulares dio lugar, dos principios se impusieron desde entonces. El *primero* es simplemente un recordatorio (pero no por ello menos importante): que el hombre *no es sólo el conjunto de las relaciones sociales*; que el hombre es también naturaleza, parte de la naturaleza. El *segundo* es un descubrimiento notabilísimo que choca con el carácter expansivo de la cultura o civilización dominante en los últimos tres siglos: que el crecimiento económico tiene límites naturales (entre los cuales hay que contar el exceso de población, la sobrecarga de los ecosistemas y el agotamiento de los recursos y energías no renovables en los que se ha basado precisamente el crecimiento económico que hemos conocido). Una implicación de los dos principios anteriores es ésta: que también existen condiciones *naturales* de posibilidad para el desarrollo de la lucha de clases en el planeta Tierra y para la agudización de las contradicciones económicas, sociales, políticas y culturales en los regímenes caracterizados por la desigualdad.

En lugar de aceptar las conclusiones del análisis de estos informes globalizados, aprovechando la ocasión que proporcionaba el nuevo conocimiento científico para ampliar y profundizar la crítica de la cultura burguesa en los planos económico, social y político, radicalizando y generalizando dicha crítica hasta abordar ese rasgo de la civilización capitalista que es el expansionismo ilimitado que convierte a ésta en enemiga de la naturaleza (una radicalización y generalización, por cierto, que podía encontrar algunos antecedentes en ciertos atisbos ecológicos de Karl Marx), los sindicatos europeos y la mayoría de los partidos obreros *prefieren oponer las dos problemáticas*: la localizada, puntual y más próxima, relativa a las condiciones ambientales del trabajo, y la globalización, hipotética y más lejana, definida como «crisis ecológica». En ciertos casos extremos esa oposición y la crítica del ecologismo desembocaron en una nueva aberración histórica: considerar a la ecología como una ciencia burguesa, entregando así al adversario de clase una ciencia más en la ya larga lista de los insólitos regalos que ha hecho al enemigo la cultura de la III Inter-

nacional desde la muerte de V. I. Lenin. Los sindicatos y los partidos obreros —con algunas excepciones notables, sobre todo en los países nórdicos— tenían a ver en efecto, en la ecología y en el ecologismo (sin distinguir las más de las veces entre ciencia y movimiento) una última maniobra de la burguesía en la crisis para desviar a los trabajadores de sus verdaderos objetivos. ¿Cómo explicar en otro caso —venía a decir esa pseudoargumentación— el hecho de que la mayoría de los informes pesimistas acerca de la crisis ecológica hayan sido financiados por grandes corporaciones norteamericanas y empresas transnacionales europeas? ¿Acaso éstas iban a hacer tal cosa en contra de los propios intereses económicos?

La sospecha de los sindicatos y de los partidos obreros europeos parecía reforzada en aquella época de gran difusión de las ideas del primer informe del Club de Roma por un dato que los últimos diez años han contribuido a hacer olvidar, a saber: que entonces, entre 1970 (fecha en la que el ecologismo político toma carta de naturaleza en los países europeos) y 1978 (momento en que el ecologismo empieza a cuajar en organización o partido con vocación electoral) el talante más extendido, sobre todo en el sur de Europa, era la convicción de estar viviendo una ofensiva de los trabajadores con posibilidades políticas y sociales inmediatas. Esa era al menos la esperanza en Italia, en Francia, en Portugal, en Grecia y en España; razón por la cual el pesimismo naturalista de los primeros «verdes», que criticaban el industrialismo y el productivismo y que llamaban a la austeridad general (*sin distinguir a veces entre grados de responsabilidad* en el deterioro del medio ambiente natural) aparecía común incordio en el plano político y como una complicación innecesaria en el plano teórico.

Pero explicar el motivo de la sospecha antiecológica y contextualizarla no es justificarla ni compartirla. Fue un error de los sindicatos de clase y de los partidos obreros mayoritarios en Europa (y, desde luego, en España) negarse a aceptar el análisis de los ecólogos, rechazar la ecología política e ignorar las implicaciones —tan próximas a la propia lucha ya secular— de la crítica ecologista a la civilización capitalista, sobre todo de aquella crítica que desde el primer momento supo relacionar, aquí y en otros lugares de Europa, economía y ecología política. Un error que todavía hoy, cuando la rectificación es ya evidente, se está pagando. Se está pagando en el plano sindical, en el plano político y en el plano cultural. En el plano sindical, porque CCOO fue incluso menos receptiva a la nueva problemática que UGT en los primeros momentos (por ejemplo, en relación con la energía nuclear); en el plano político, porque alejó de la tradición comunista a no pocos compañeros, sobre todo jóvenes, sensibles ante los problemas nuevos, postleninistas por así decirlo; y en el plano cultural, porque en aquellos años se desperdició la oportunidad de crear un

punto entre lo rojo (no entendido nominalmente, desde luego) y lo verde (no apolítico) que renovara el análisis crítico y científico de esta civilización *con conciencia de clase y con conciencia de especie*.

El que un error parecido se haya cometido en otros países de Europa no tiene que servir ahora para endulzar las explicaciones y, menos aún, para retrasar ahora para endulzar las explicaciones y, menos aún, para retrasar la rectificación. La sabiduría popular tiene un dicho muy claro para los intentos de consolación adornados en consideraciones sobre el mal de muchos. El inicial error de apreciación de la cultura de izquierdas, principalmente de la inspirada en el marxismo, sobre la problemática ecológica no se debió sólo al instrumentalismo político o a una concepción funcionalista de toda aportación científica nueva (esto es, al intento de interpretar las primeras denuncias ecologistas por su «función» social inmediata). Tal explicación sería no sólo demasiado fácil, sino también reduccionista. Ha habido —y todavía hay— otros motivos de tal incompreensión: teóricos generales, relacionados con la posición de clase respecto del industrialismo y del productivismo, meramente tácticos, etc. Aunque no se a éste el lugar para detenerse en ello, no quisiera dejar pasar la oportunidad para decir que, en mi opinión, todas las corrientes marxistas posteriores a la segunda guerra mundial estaban muy mal preparadas para la captación y análisis de la problemática ecológica, y que sólo se han salvado de tal incompreensión aquéllas —pocas— abiertas a otras tendencias ideales, al diálogo y al intercambio de ideas con otras tradiciones (fueran ésta científicas o religiosas: los ejemplos pueden buscarse en la obra de Garaudy, Harich, Bahro, Gorz o, entre nosotros, Sacristán). Laura Conti y Enzo Tiezzi han ido un poco más allá en esa explicación: sugieren que desde el viejo Engels de la *Dialéctica de la naturaleza* no dejaron de aumentar las dificultades de los marxistas para captar el verdadero sentido del segundo principio de la termodinámica. Consecuencia de ello: resistencia tozuda a aceptar los límites intrínsecos y extrínsecos de las elecciones humanas, es decir, tanto sus límites genéticos como sus límites ambientales.

Seguramente es una exageración de enamorados de la historia de las ideas esto de remontarse hasta las incompreensiones del viejo Engels para dar cuenta de las dificultades actuales de las organizaciones obreras y sindicales a la hora de aceptar las implicaciones de la problemática ecológica. Y es por lo menos dudosa la relación que ahora suele establecerse demasiado pacíficamente entre la ignorancia acerca del segundo principio de la termodinámica y la falta de sensibilidad frente al deterioro de la naturaleza y del medioambiente. No obstante, incompreensiones e ignorancias tal vez puedan aceptarse como síntomas de un talante que, efectivamente, ha perjudicado durante más de un siglo a la subcultura obrera. Enzo Tiezzi, en un interesantísimo libro dedicado a la nueva

ecología, ha puesto un curioso ejemplo que cuadra bien aquí porque enlaza con lo dicho en los puntos anteriores. Resulta que en la misma Manchester que Engels conocía tan bien, y justamente por los años en que él escribía sobre la situación de las clases trabajadoras, el 99 % de las falenas del abedul (*Biston betularia*) eran blancas y sólo el 1 % negras; estas últimas eran presa fácil de otras especies porque su color destacaba mucho sobre los claros troncos de los abedules revestidos de blancos líquenes. Pero llegó la era del carbón, la contaminación acabó con los líquenes, y cincuenta años después —precisamente cuando el viejo Engels corregía la nueva edición de su libro— el 90 % de las mariposas del abedul eran ya negras y sólo el 10 % blancas, de modo que esta últimas, a su vez, se convirtieron en fáciles presas al destacar su color sobre los troncos de los árboles ennegrecidas por el carbón. La contaminación influyó también en la selección natural. Hubo gentes que se fijaron en eso y empezaron a sacar consecuencias. Engels no. Aquellas otras gentes, a su vez, no siempre ignoraron que al mismo tiempo que mutaba el color de las mariposas morían de afecciones pulmonares los obreros de Manchester. Esa es la diferencia que hay que aprender. Sin caer en la pedantería de cargar a Engels con todo el muerto.

También en la autocrática de aquel talante hay con quien enlazar. Negativamente, Brecht lo dijo de sí mismo y de los que eran como él en un verso dedicado a los por nacer: «Y contemplé la naturaleza con impaciencia...» También esto era —es— una cuestión de tiempo: somos parte de una tradición —para seguir con Brecht— que dedicó todo su tiempo, o casi todo su tiempo, a combatir «el horror de los discursos del pintor de brocha gorda» y otros similares. Dubitativamente, Walter Benjamin dejó establecida una pregunta inquietante, que en su época no escuchó casi nadie y que hace poco ha sido utilizada como lema por Iring Fetscher en su ensayo acerca de las condiciones de supervivencia de la humanidad:

«Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia universal. Pero quizá las cosas son totalmente distintas. Quizá las revoluciones son el recurso al freno de seguridad por parte del género humano que viaja en ese tren.»

4. ROJO Y VERDE: APROXIMACIONES, PUENTES, MEZCLAS. FUSIONES Y PROBLEMAS ABIERTOS

Con el tiempo las cosas han ido cambiando, sin embargo, de forma muy sensible. Se ha producido una aproximación entre algunos sindicatos y ciertos grupos ecologistas en la mayoría de los países europeos; en algunos estados de la República Federal alemana se habla de alianza entre «lo rojo» y «lo verde», en otros esa alianza ya se ha puesto en práctica; el llamado «reformismo

fuerte» a la italiana, una variante de la social democracia para el fin de siglo, incluye muchas de las reivindicaciones tradicionales de los ecologistas y, sobre todo, adopta su lenguaje; en Holanda los pilares básicos de la vida política, incluidos los conservadores, hace tiempo ya que se colorearon de verde y adoptaron el tono conservacionista; en Francia todo parece indicar que van a estrecharse los lazos entre grupos y organizaciones ecologistas, por un lado, y los partidos socialistas y comunistas por otro; y aquí, entre nosotros, después de los fracasos electorales de la izquierda que aún resiste y de «los verdes» que aún están verdes, el proyecto de programa de IU parece indicar una rectificación clara, pues —aunque mezclando todavía párrafos tomados de una tradición en la que predominaba el productivismo y el optimismo tecnológico con otros abiertamente ecologistas— por vez primera se explicita la consciencia de que *no se trata meramente de incorporar algunas de las reivindicaciones ambientalistas a un programa democrático-radical inalterable sino de fundamentar ecológicamente toda la política para hacer otra política.*

El cambio de fase en lo que hace a esta relación difícil entre «lo verde» y «lo rojo» es ya evidente. Podría decirse incluso que hemos pasado, o estamos pasando, de la época de las incomprensiones mutuas a la época de la contraposición de intereses. Cambio de fase no significa, por supuesto, desaparición de los problemas. Al contrario, al caer algunas de las incomprensiones anteriores, por primera vez puede hablarse abiertamente de contraposición de intereses (*) y de diferencias de enfoque a la hora de abordar esos problemas. Efectivamente, un planteamiento hiperideológico y politicista como el que dominó la discusión sobre temas sindicales y sociales en España durante los años centrales de la década de los setenta impedía a veces ver con claridad qué intereses y qué objetivos consistentes estaban moviendo la controversia entre la cultura socialista (entendida en el amplio sentido tradicional) y la nueva cultura de base ecologista. Pues si la aceptación de la transcendencia de la crisis ecológica fue tardía en la izquierda política de nuestro país también la cultura ecológica ha sido escuálida hasta hace poco tiempo. Ambas cosas, unidas a la confusión sobre intereses y objetivos que acompañó al verbalismo ideológico de aquel momento, tienen que ver con fenómenos psico-sociológicos

(*) En una amable comunicación, que agradezco, Paula Casal me hace observar —a través de la narración de una experiencia personal verdirroja de esas que ponen la piel de gallina— que la expresión «contraposición de intereses» es seguramente excesiva y, en todo caso, sólo temporal, provisional. También yo quiero creerlo así. La intención de este papel es contribuir a que lo que hoy parece contraposición de intereses (por la extensión del corporativismo en un lado y del apoliticismo en el otro) acabe siendo, como dice Paula Casal, «sólo de carácter circunstancial».

que se dejan describir bien con el viejo término gramsciano de «transformismo», siempre que se distinga el cambio de bando de sectores intelectuales de cierta importancia (cosa que revela el mal momento de la cultura socialista en la lucha por la hegemonía) de lo que ahora se llama «transfuguismo» político, que es una mera consecuencia de la americanización de la política europea, o sea, de la conversión de la política en simple espectáculo, en mercadería.

El talante práctico —nada ideológico— que hoy impera permite, en cambio, desarrollar un punto de vista más analítico y con menos prejuicios a la hora de abordar las diferencias que siguen existiendo entre «rojos» y «verdes». Hay al menos tres factores que contribuyeron a agudizar las diferencias y a mantener abierta la brecha. El primero es la incomprensión mutua, a la que ya se ha hecho referencia y sobre la que no voy a insistir. El segundo es la ignorancia de las problemáticas en que respectivamente se pone el acento: por lo general los grupos ecologistas no están informados ni de los estudios ni de las acciones de los sindicatos sobre los problemas relativos a la salud y medio ambiente laboral; y por lo general los sindicatos ignoran trabajos y actuaciones de las organizaciones ecologistas referidos a comarcas, ecosistemas limitados o incluso efectos y consecuencias de las externalidades negativas. El tercero —y más importante— es la diferencia o contraposición de intereses entre sindicatos y grupos ecologistas en el caso de luchas y actuaciones concretas que afectan a determinadas industrias conocidas por su papel deplorable en la degradación del medioambiente. Todos estamos pensando en hechos conocidos: actuaciones en las cuales se pone en juego a la vez el cese en la contaminación del aire o del agua de una comarca y el mantenimiento de los puestos de trabajo creados por la empresa o empresas contaminadoras.

En la mayoría de los casos, por desgracia, este provisional o temporal conflicto de intereses conduce a los sindicatos a propuestas tan unilaterales y particularistas que, desde un punto de vista socioeconómico general, tal parece como si hubiera perdido por completo el norte. Pues el norte de los sindicatos, por mucho que haya cambiado la composición de las clases con otros sectores sociales, no puede ser el interés inmediato de un colectivo o de un gremio que en un determinado conflicto hace causa común con los propietarios de la empresa biocida para mantener puestos de trabajo que contribuyan a la progresiva destrucción del medio.

Desgraciadamente —hay que insistir en ello, porque ésa es la verdad, en los países de la Europa Central y Occidental, en EE.UU y Japón ha sido cosa corriente durante los últimos veinte años, el que ante situaciones de contaminación grave del medio ambiente y potencialmente grave para las personas, los sindicatos, al defender a ultranza el mantenimiento de los puestos de trabajo, entrarán en conflicto no sólo con las organizaciones ecologistas establecidas

sino también con las comisiones cívicas constituidas *ad hoc*, e incluso con las autoridades regionales o estatales. Casos en los cuales el particularismo y la miopía impide ver un poco más allá de los propios intereses a corto plazo. Sin llegar a ese extremo, también aquí en España se han producido y siguen produciéndose situaciones que dan lugar al enfrentamiento entre sindicatos y organizaciones ecologistas, como se recordará por la polémica que suscitó el primer juicio por delito medioambiental que se celebraba en España, el seguido contra una central térmica ubicada en la comarca de Berga. Cualquier persona sensible y consciente que haya pasado alguna vez por las proximidades de esta central en los últimos años estará de acuerdo, desde luego, con las organizaciones ecologistas, incluyendo probablemente a todos los sindicalistas cultos. El problema está en que, por encima de las declaraciones generales en favor de la conservación del medio y contra las industrias o empresas contaminantes, las secciones sindicales correspondientes imponen a veces el punto de vista contrario. De hecho, en la mayoría de los casos el conflicto acaba dándose entre la sección o grupo sindical potencialmente afectado por el cierre de la empresa en cuestión y las organizaciones ecologistas o ciudadanas interesadas en poner definitivamente fin a los riesgos.

Me referiré, como síntoma significativo de este tipo de conflictos, al caso de la fábrica Farmoplant, una instalación de la Montedison —a cuyos propietarios suele poner de ejemplo, junto con los Agnelli, para los empresarios españoles el presidente del gobierno, Felipe González—. En dicha instalación, situada en Massa de Carrara (Italia) tuvo lugar un accidente ecológico que pudo haber acabado en desastre el pasado verano. Una vez más, al producirse el accidente, la discusión estaba en si había que cerrar la fábrica (con antecedentes de contaminación química del ambiente en años anteriores) *para siempre* o reconvertir su producción cerrándola sólo *provisionalmente*. El cambio de los tiempos respecto de la problemática ecológica queda reflejado en el hecho de que esta vez las diferencias entre unos y otros fueron más matizadas: mientras que una parte de la CGIL, la sección de químicas más vinculada a la organización local, proponía la simple reconversión para evitar la pérdida de puestos de trabajo que iba a afectar a una parte de la población, otra parte de la CGIL y la mayoría de los partidos políticos propugnaban, con más o menos vacilaciones del lenguaje, el cierre definitivo. Esta era también la posición del gobierno italiano al respecto.

El análisis del caso muestra que, como suele ocurrir casi siempre en los últimos tiempos, en ese debate ya no hay las viejas incomprendiones por hiperideologización, ni tampoco se da la ignorancia de parte, sino que lo que cuenta en última instancia es la *contraposición entre el interés particular y el interés general*. Tanto es así que esa contraposición pasó *incluso por las filas del pro-*

pio sindicato y acabó afectando a la relación entre el sindicato (CGIL) y el PCI. Esta contraposición de intereses permite habitualmente a los gobiernos hoy día un amplio margen de maniobra en función de factores muy diferentes (propriadamente medioambientalistas, políticos, económicos, corporativos, etc.). Pero, sobre todo, y a efectos de lo que nos ha traído aquí, casos como el de la Farmoplant y muchos otros (se es antimilitarista en general, pero se organiza o se colabora en la organización de manifestaciones contra el cierre o la reconversión de fábricas de armas cuya exportación luego se critica, etc.) *sugieren la necesidad de políticas sindicales que aborden la generalidad de la problemática medioambiental*, pero no de una forma genérica, sino precisamente *en relación con este tipo de conflicto de intereses* al que se ha hecho referencia. De lo contrario el avance de la consciencia ecológica de los ciudadanos, que aunque lento parece ya inevitable e imparable, seguirá provocando en los sindicatos una contradicción interna; una contradicción que se puede resumir plásticamente en la existencia de buenas intenciones y de programas medioambientalistas aprobados en congresos que luego no pueden realizarse —y a veces ni siquiera apoyarse— en la práctica por la oposición o por la negativa de las secciones sindicales locales, las cuales prefieren la conservación del puesto de trabajo (con envenenamiento incluido) a la mejora del medio en el que vivirán las generaciones del mañana.

Pensar globalmente para actuar localmente no tiene por qué ser, en consecuencia, palabra exclusiva del ecologismo o consigna política de «los verdes». Es una necesidad también para los sindicatos en la medida en que de verdad se quiera reconocer que todavía hoy los intereses obreros no coinciden con los programas sindicales y que unos y otros, intereses obreros y programas sindicales, tampoco coinciden con las reivindicaciones habituales del ecologismo. Puede darse incluso que el trabajador sindicado se siente dividido ante aquellas luchas en las que está en juego la amortización de puestos de trabajo, de un lado, y la mejora de la calidad ambiental, de otro. Pues *el trabajador ciudadano no siempre coincide con el productor*. Para superar la esquizofrenia, la división, del trabajador particular, el sindicato necesita una perspectiva globalizadora. Y ésta, a su vez, obliga a que el corto plazo, la inmediatez de la transformación social, no alcance tal primacía en las políticas sindicales que acabe haciendo perder de vista a unos y a otros la finalidad del sindicato.

El mal momento por el que pasan la política revolucionaria y hasta la idea misma de la «política» facilita la perspectiva de particularismos y la afirmación del corto plazo de los programas mínimos en límites especiales lo más reducidos posibles. Esto tiene que ver en muchas ocasiones con la preferencia de «lo sindical», de la actuación en el plano sindical más restrictivo, sobre lo político» (entendiendo equivocadamente por ello «la alta política», la política

incontrolable de los representantes del pueblo a quienes se vota una vez y de los que no se vuelve a saber más). Pero esa actitud, que suele tener como justificación la mayor posibilidad de controlar lo cercano, lo próximo, lo inmediato, acaba por lo general produciendo resultados contrarios a los buscados. Pues cuando se renuncia al punto de vista globalizador, al programa máximo, a la actuación que incluye medidas económico-ecológicas en los planos estatal e internacional, se acaba casi siempre a merced de los poderes establecidos, sean éstos el Estado (con su fuerza represiva y de manipulación de la información en conflictos de intereses) o los partidos políticos con los que, en última instancia, el particularismo tiene que aliarse para sobrevivir.

Lo mismo vale para el otro interlocutor, para la parte verde, para el ecologismo organizado. Las distintas experiencias que conocemos de aquellos sitios en los que «los verdes» y alternativos han conseguido más fuerza —incluso parlamentaria— sugieren esto: sin dejar de ser movimientos de un solo asunto, o sea, sin la elaboración de un programa de luchas que incorpore nuevos enfoques a los grandes problemas económico-sociales y políticos de nuestra época en un país determinado, también estos movimientos, por muy alternativos que se declaren, acaban a merced de sus aliados políticos más dados a la contemporización y al reformismo «débil», si se me permite la expresión. Tal es en parte lo que está ocurriendo ya con el «realismo verde» en algunas partes de la República Federal alemana: la falta de un enfoque global de los problemas económicos y ecológicos, unida a la decisión precipitada (que tantas veces criticó en su época Rosa Luxemburg) según la cual «también nosotros podemos hacerlo si nos dejan», acaba conduciendo a una semifusión de *lo rojo* (que no es rojo) y de *lo verde* (abocado al compromiso realista) de la que en lugar de salir la esperada alternativa parece estar brotando un sospechoso e inesperado *marrón*...

Para no encontrarse con sorpresas así es mejor analizar primero con detenimiento, pero sin prejuicios, las diferencias que sigue habiendo entre intereses generales de los trabajadores, programas sindicales que recogen las aspiraciones de una parte de la clase obrera y reivindicaciones ecologistas que tratan de juntar deseos y protestas de sectores sociales muy mezclados. Muy posible-mente antes de que las diferencias de intereses se hayan superado en alianzas electorales —con listas más o menos coloreadas o mediante pactos entre partidos— habrá que hacer la prueba de la colaboración plural en un movimiento sociopolítico amplio en el que cada parte sepa con alguna precisión hacia dónde quiere ir en realidad. Para saberlo no hay más remedio que pasar por otra prueba: la de pensar, hasta el final y con coherencia, las implicaciones político-culturales de programas de lucha en los que *lo rojo* se junta con *lo verde* en nuestras latitudes. Entre estas implicaciones está, con toda seguridad, la

reducción drástica de ciertos tipos de consumo inducidos y muy extendidos en nuestras sociedades pero cuya permanencia y reproducción resulta cada vez más difíciles de mantener si no se quiere llegar a situaciones deplorables. ¿Cómo preservar los consumos dominantes en EE.UU., Japón o la CEE sin condenar a la muerte por hambre a dos tercios de la humanidad? ¿Cómo seguir ampliando ciertas formas de comportamiento basadas en ese tipo de consumos sin caer en el caos circulatorio en que están convirtiéndose casi todas las grandes urbes?

Precisamente porque cambiar los hábitos de consumo en sectores ya muy amplios de las poblaciones europeas, norteamericanas o japonesas no es cosa de un día, ni de un decreto político, los partidarios de políticas económicas y ecológicas alternativas, rojiverdes, no deberíamos dejarnos coger en la demagógica pregunta con la cual los poderes establecidos suelen poner hoy a las poblaciones entre la espada y la pared, entre ellos mismos o el diluvio universal. Cierto: no hay *alternativa* (en el sentido singular e inmediatista que los poderes establecidos quieren dar a su provocación); no hay *alternativa a corto plazo*. Pero hay *alternativas* imaginadas o en construcción para aspectos concretos y definidos de la problemática general. El *Manifiesto ecosocialista por una alternativa verde en Europa* es un ejemplo.

Al establecer esta diferencia lo que se quiere decir es que, por el momento, para fundir en el programa sindical intereses obreros y reivindicaciones ecologistas es preferible hablar de *programas de lucha* —aunque éstos no tengan por qué ser meramente resitenciales— que de programas de gobierno o de alternativas acabadas. De esas «alternativas acabadas» hasta el más mínimo detalle decía Gramsci hace décadas que son las utopías realmente irrealizables, las utopías en el sentido negativo de la palabra. Una de las razones por las cuales es preferible la modestia del *programa de acción* o del *programa de luchas* al programa de gobierno que se presenta como «*la alternativa*» es ésta: tanto *lo rojo* como *lo verde*, tanto el problema social como la cuestión ecológica, obligan en la actualidad a una perspectiva *mundial* que contemple actuaciones también mundialmente coordinadas. Por primera vez en la historia de la humanidad la palabra «mundo» tiene un sentido pleno. Esto es importante para corregir el viejo etnocentrismo europeísta.

Durante mucho tiempo los europeos hemos tenido la tendencia a llamar *mundo* sólo y exclusivamente a nuestro continente. América, Asia, Africa y Oceanía no eran «mundo» sino geográficamente; desde los puntos de vista político, social y cultural eran: la prolongación de nuestro propio hogar, la segunda vivienda en la montaña lejana, el coto de caza, el latifundio, la inagotable fuente de riquezas exóticas, la añoranza de la propia infancia, o también —cuando en aquellos continentes empezamos a encontrar resistencia

organizada— el «corazón de las tinieblas», la barbarie, lo otro, lo «inmundo», lo que no tiene nombre. Todavía hoy los mismos «liberales» y «demócratas» europeos, que se jactan diariamente de la propia historia, se quejan con amargura de que el principio de *cada hombre un voto* tenga como resultado el que los países pobres de los otros continentes obtengan una mayoría en la asamblea general de las NNUU. Sobre todo cuando lo que hay que juzgar son intervenciones de las potencias «democráticas» en países extranjeros.

Pero aquella visión reductiva y etnocéntrica del «mundo» no puede seguir manteniéndose ya. Para mantenerla, las grandes potencias tendrían que condenar al hambre y a la miseria a cientos de millones de seres e impedir por la fuerza las corrientes emigratorias que abren actualmente una nueva fase histórica de grandes migraciones, consecuencia ella misma de la combinación de factores económicos y ecológicos negativos. Por eso es tan importante para rojos y verdes luchar contra el racismo en este fin de siglo. Por eso es tan importante un *nuevo internacionalismo* formulado en los términos en que ahora mismo está haciéndolo, por ejemplo, Pietro Ingrao.

Levantar un programa de luchas, un programa de acción verdi-rojo, coherente con el sentido actual de la palabra «mundo», internacionalista, anti-racista, no es, desde luego, asunto solamente de los sindicatos. Hasta está por ver si la diferencia de intereses *a corto plazo* entre los sindicatos de los países más desarrollados desde el punto de vista económico y las gentes de los países del «tercer mundo» no acabará convirtiéndose en un obstáculo insuperable. Pero aquí se habla de las intenciones, de la voluntad, de los propósitos de sindicatos que se consideran de clase y herederos de las tradiciones solidarias e internacionalistas que siempre acompañaron al socialismo. Desde esa perspectiva configurar tal programa de luchas exigiría de los sindicatos una actitud parecida en los temas económico-ecológicos a la que han mantenido en los últimos años en la lucha por la paz y en relación con los movimientos pacifistas: *iniciativas* en los temas difíciles y conflictivos primando los intereses medioambientales generales y la satisfacción de las necesidades de los más desfavorecidos, no esperando el debate o la polémica que provoca en cada caso la defensa del puesto de trabajo. ¿Horizonte más apropiado para eso? Como se ha dicho tantas veces: *trabajar menos para trabajar todos y para poder educar a la mayoría en una nueva forma de mirar y de relacionarse con la naturaleza*. La educación no lo es todo, desde luego. Y no todo depende de la formación y de la consciencia ecológica de los ciudadanos. La lucha por la hegemonía ha tenido siempre, y probablemente seguirá teniendo (también en Europa), otros planos, otros aspectos, que no hay por qué ignorar. Entre ellos los implicados por la previsible resistencia de la minoría beneficiada hoy por la explotación del trabajo asalariado y el expolio de bienes

públicos naturales que antaño eran considerados patrimonio de la comunidad.

La misma ampliación del contenido real del concepto de «mundo», en el sentido que acaba de verse, altera y complica las formas conocidas de la batalla de ideas y, consiguientemente, la lucha por la hegemonía. ¿Puede hoy hablarse de un sindicalismo no particularista sin una política específica de los trabajadores de la Fiat, de la Pirelli, de la Unión Carbide, de la Massey Ferguson, de la Ford, de la Mitsubishi, de la Toshiba o de la Volkswagen acerca de la deforestación de la selva amazónica por las grandes transnacionales norteamericanas, europeas y japonesas? ¿Es posible un sindicalismo no gremial sin ideas precisas y definidas acerca de la deuda externa de los países pobres o sobre la nueva guerra del opio que está emergiendo como consecuencia del agotamiento de los recursos agrícolas en países que un día fueron exportadores y de la valorización simultánea de las drogas por el capitalismo tardío? ¿Tiene sentido un sindicalismo, que en la década de los noventa no quiera ser corporativo, sin un punto de vista definido acerca de la «soberanía limitada» de tantas naciones a las que el Banco Mundial está convirtiendo en lugares para la exportación de tecnologías peligrosas, en depósito de basura radiactivas, en centros de experimentación de ingenierías de alto riesgo o en prostíbulo para ricos de vacaciones? Ya esa simple enumeración de injusticias y desigualdades, tan ajenas pero al mismo tiempo tan próximas en este mundo de hoy —siempre con el gran riesgo de las armas nucleares al fondo— es todo un indicio de la alteración y complicación de las formas conocidas de la lucha por la hegemonía. Es de esperar, sin embargo, que la vía que conduce a la formación y educación de la subjetividad y de la sensibilidad del *trabajador-ciudadano* ante la cuestión social y ante la cuestión ecológica acabe imponiéndose en los sindicatos, por influencias del ecologismo, a aquella otra vía —tan cara a los nuevos liberalismos— que cifra todas las esperanzas en el efecto positivo de las nuevas tecnologías sobre la consciencia excedente de los hombres y de las mujeres de estos tiempos.

BIBLIOGRAFIA

La cita de WALTER Benjamín procede de Anmerkungen zu den Thesen über den Begriff der Geschichte, en *Gesammelte Schriften*, tomo I, 3, Francfort, 1980, tal como la recoge FETSCHER Iring en *Condiciones de supervivencia de la humanidad* (traducción castellana de Jorge M. Seña), Barcelona/Caracas, Alfa, Estudios Alemanes, 1988.

BERLINGUER, G.: Introducción AA.VV.: *Uomo, natura, società* (materiales de un simposio organizado en Roma por el Instituto Gramsci). Riuniti, Roma, 1979.

- CAMBRON, A.: *El socialismo racional de Ramón de La Sagra* (tesis doctoral). Universidad de Santiago, 1987.
- CONTI, L.: *Questo pianeta*. Riuniti, Roma, 1983.
- ENGELS, F.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Grijalbo, OME, Barcelona.
- GRAMSCI, A.: *Le sue idee nel nostro tempo*. L'Unità, Roma, 1987.
- INGRAO, P.: «Sinistra europea e problemi di un nuovo internazionalismo», en AA.VV., *Prospettiva 2000*. Padova, Ediz, G, B, 1986.
- IZARD, M.: *Revolució industrial i obrerisme*. Les «Tres Classes de Vapor» a Catalunya (1869-1913), Ariel, Barcelona, 1970.
- Manifeste écosocialiste. Pour une alternative verte en Europe* (de próxima publicación por Editions La Découverte de Paris).
- MARTINEZ ALIER, y NAREDO, J. M.: «La noción de fuerzas productivas y la cuestión de la energía», en *Cuadernos del Ruedo Ibérico* n.º 63-66, mayo/diciembre de 1979.
- MARTINEZ ALIER, Y.: *Economia i ecologia*. Edicions 62, Barcelona, 1983.
- MARX, Gary T.: «Il dato oscuro delle nuove tecnologie», en *Politica ed. Economia*, settembre 1989, pp. 49-60.
- MORIN, E.: «Pour une nouvelle conscience planétaire», en *Le Monde Diplomatique*, octobre 1989.
- QUERCIONI, G.: «I veri responsabili del caso Farmopiant», en *Rinascita*. 30 de julio de 1988, pp. 9-10.
- RIECHMANN, J.: «Die Grünen: diez años de partido verde germano-occidental», *mientras tanto*, 38 y *mientras tanto*, 39.
- RIECHMANN, J., y TELLO, E.: «Trabajar menos para trabajar todos y para transformar la sociedad», en *mientras tanto*, 35.
- SACRISTAN, M.: «Comunicación a las Jornadas de ecología y política de Murcia», en *mientras tanto*, 1 (noviembre/diciembre de 1979).
- TIEZZI, E.: *Tempi storici, tempi biologici*. Garzanti, Milán, 1988.